

A vibrant, stylized illustration of a coral reef. The background is a deep blue. On the left, there are dark, branching coral structures. In the upper left, a school of small yellow fish swims. Below them are two large, green, star-shaped coral polyps with white tips. A small orange crab is perched on one of these. In the center, a large, colorful fish with a blue body, yellow and orange scales, and a yellow eye swims towards the right. On the right side, there are large, branching red coral structures. At the bottom right, another orange crab is visible. The overall style is flat and graphic, with bold colors and simple shapes.

letra
natural

5^{ta}. Edición Concurso

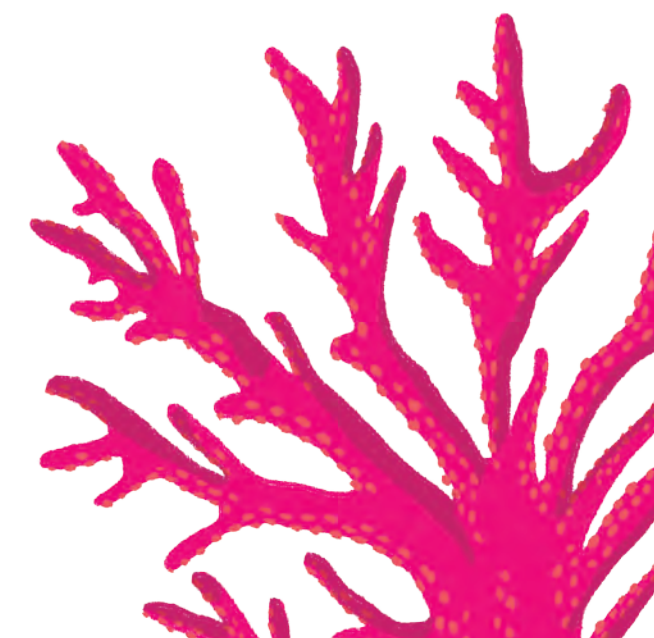
Arrecife coralino: jardín de vida y color

CUENTOS DEL CONCURSO LITERARIO
INFANTIL-JUVENIL 2015-2016



Arrecife coralino: jardín de vida y color

CUENTOS DEL CONCURSO LITERARIO
INFANTIL-JUVENIL 2015-2016



Textos

Alfred de los Santos Pérez
Angirenys González Acosta
Brihana Victorino Santamaría
Carla Angélica Aquino Rodríguez
Gabriela Ledesma Lantigua
Ivana Marie Ramírez Cordero
Liz Coral Castillo Rincón
Marycarmen Pulgar
Miguel Elías Abud Muñiz
Raúl Alcibíades Pérez Mena
Ruth Mayeline Lugo Méndez
Saray Cristina Ruíz Mercedes
Wilnally Díaz Reynoso

Ilustraciones

Camile Olivero
Domingo Guzmán
Ivanna Candelier

Ilustración de portada

Ivanna Candelier

Diseño y diagramación

Nodo

Corrección de textos

Correctomanía

ISBN: 978-9945-8742-9-7

Impresión

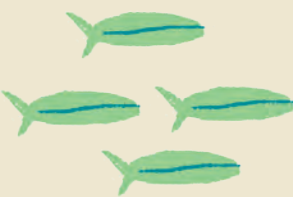
Amigo del Hogar

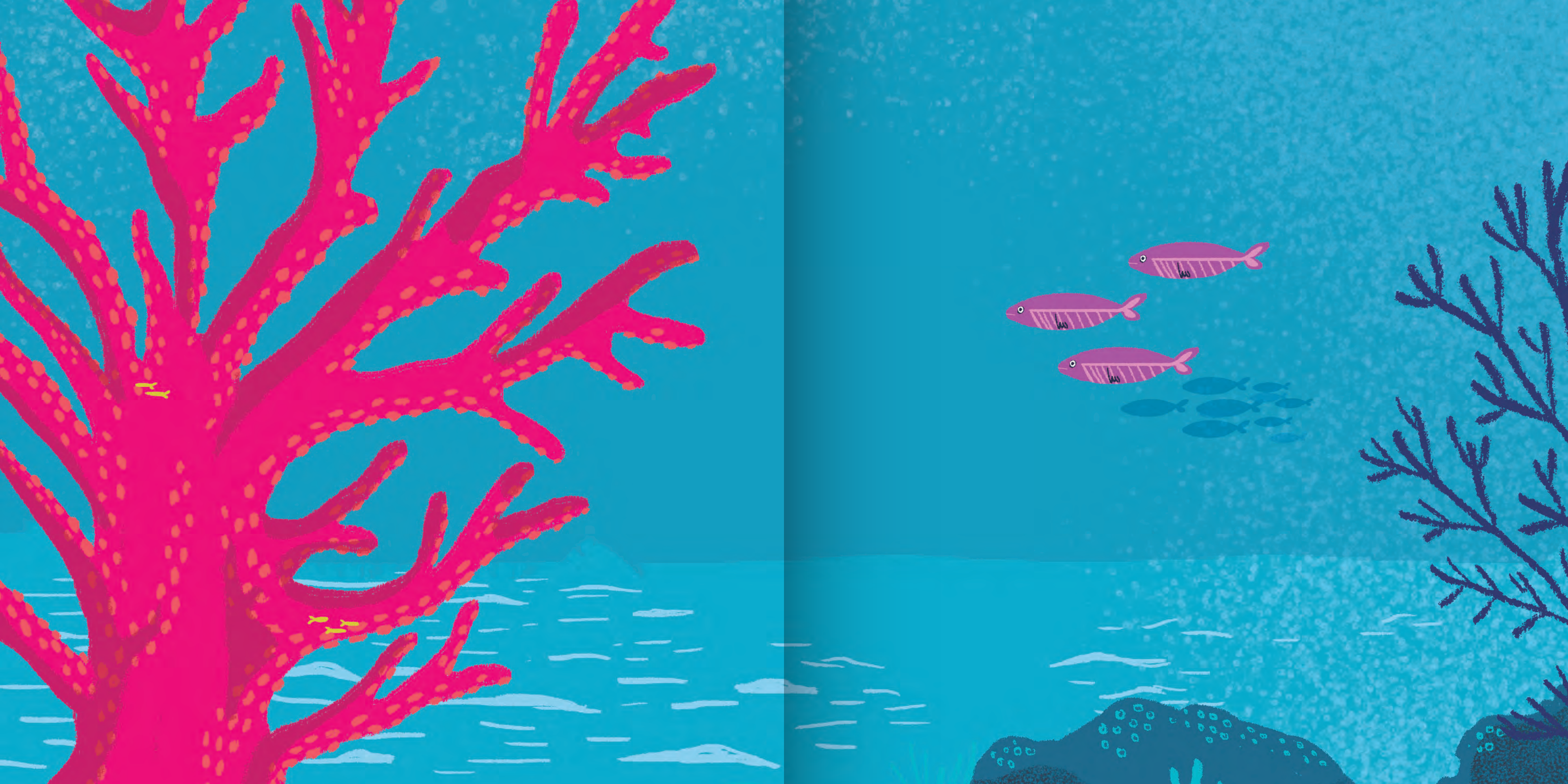
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la editorial. La infracción de estos derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en República Dominicana, 2016.

Índice

| | |
|--|----|
| Primer lugar: Ironía | 6 |
| Segundo lugar: ¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros? | 12 |
| Tercer lugar: No quiero tener hijos | 20 |
| Menciones honoríficas | |
| El pequeño, pero gran Bernardo | 28 |
| El coral Cori | 34 |
| Un león amistoso | 38 |
| Antagonismo revelador | 44 |
| Coralino | 50 |
| Dentro del Gran Azul | 56 |
| El mundo en sueño | 62 |
| Lo escondido de la mar | 68 |
| Eres nuestra salvación | 74 |
| Melancolía coralina, a gritos de esperanza | 82 |







1er lugar

Ironía

Carla Angélica Aquino Rodríguez • ILUSTRACIONES: Ivanna Candelier



A vibrant illustration of a coral reef. In the foreground, there are large, branching coral structures in shades of orange, red, and yellow. The background is a deep blue sea with a large, dark fishing net cast across it. Several small, colorful fish are visible, some swimming near the net and others further away. The overall scene suggests a conflict between marine life and human fishing activities.

Ironía

Me congelo. Me estremezco. Un escalofrío corrompe la vida que una vez brotaba por mis pólipos (antes vestidos de colores vibrantes, unidos como siameses, bailaban al son de las olas del mar Caribe). Cada día era una fiesta... ¡y el anfitrión era yo! Vida nos perseguía, porque vida éramos y vida dábamos.

¡Qué ironía! Estremecerme de frío, aun viviendo en la profundidad del mar, por la presencia -desfavorable y dolorosa- de la lenta muerte que arropa y roba la energía de mis pólipos.

Mis ramas, cuya estructura muchos dicen que se asemeja a la de los cuernos de un alce, me otorgan cierta complejidad. Mis grandes y extensas ramas trazan diferentes caminos. Mis brazos se extienden hasta cuatro metros y crecen por niveles, así como una escalera, dándome una altura de dos metros. Modestia aparte, soy una de las especies más importantes del Caribe... Bueno, rectifico: era.

Durante años, diversas especies se presentaban a mi puerta; vestidos de carnaval, los peces alegraban el ambiente y muchos se cobijaban por días. La felicidad era tan contagiosa como la de un restaurante familiar: risas y pasos de merengue todos los domingos en nuestro coral; posado a la derecha de Quisqueya, en la corriente divergente del mar, donde los rayos del sol acarician las olas y trascienden hasta la arena blanca. Mis cuernos de alce, con un verde esperanza que bailaba junto al dorado sol, bañado de tonalidades café, hacían de pista para todo aquel que en su alegre e interrumpido destino quería refugio.

Éramos una familia, y no solo entre pólipos constituíamos una extensa familia llena de generaciones, sino entre la diversidad marina dominicana. ¡Qué alegría era tener cerca a tus abuelos, padres, hermanos y primos! El pez pargo y la langosta, por ejemplo, venían de lunes a domingo y se refugiaban en mis ramas. El pez loro, que llegaba destilando blanca arena hasta nuestra puerta, disfrutaba de un manjar de algas -su plato favorito y nuestra especialidad-, y aunque cada mañana nadaba hacia lugares lejanos, volvía a la misma hora. Venía en bancos. Así conocí a varias bellezas, hembras ataviadas con vestidos en tonos verdes y amarillos... Lamentablemente, mis aventuras amorosas duraban poco, ya que tras su madurez, esta especie comienza a adoptar rasgos masculinos, así como una coloración azul en sus escamas.

Sin embargo, la fiesta se canceló, la pista perdió color y las olas ya no tocaron al son de sus corrientes salinas. No había poder alguno que despidiera el ocaso que había traído aquel pez de metal. Llegó un día soleado y próspero, y se llevó todo. Tomando el lugar de los reflejos del sol y opacando el ambiente, arrasó y violó nuestro virgen hábitat.

Una malla color arena, con fuertes lazos de hoyos diminutos y gran resistencia, descendió desde la superficie. Todos nos asomamos para observar y recibir al invitado. Grave error. Era inmenso y dividía el paisaje en cuadros. Bajó con sencillez, pero se posó con fuerza. Nos dejó a todos sin salida, y la curiosidad se convirtió en desesperación.

Las escamas de los peces se tensaron y sus colas y aletas surcaron con fuerza, para luchar contra la corriente. En diferentes direcciones, todos buscaban la salida, pero era imposible; el diminuto espacio de confinamiento parecía una caja de crayolas que se había desmoronado tras caer en el suelo.

El tiempo se paralizó y todo comenzó a moverse en cámara lenta frente a mis ojos, pero en realidad todo fue cuestión de segundos. La blanca alfombra arenosa se sacudió y la red agujerada se achicó; junto a esta, el área donde todos estábamos estancados. Pegados unos a otros, los cetáceos ya no tenían forma de nadar. Un dolor penetrante recorrió mis ramas, cuando parte de mis pólipos fueron arrancados con fuerza.

En agonía y sin poder gritar, solo veía con preocupación e impotencia cómo esa tela se elevaba a la superficie conteniendo a todo aquel que conocía. No solo raptó a los peces, sino que secuestró a las langostas, los crustáceos y los moluscos. No esperaba lo peor hasta que ocurrió. El agitado salpicar del agua aclaró mi confusión: los animales fueron arrastrados fuera del agua y, mientras el zumbido ansioso de las aletas y colas de los pescados -que se asfixiaban- ilustraba una sinfonía de horror, el pez de metal se fue. Se movió fuera de mi circunferencia y permitió el regreso de los rayos del sol para alumbrar tan desolado lugar.

Ya no había nada. Me había quedado solo y herido. Mis pólipos se escondieron y apagaron sus colores; el miedo caminaba sin rumbo en forma circular, como trazando corrientes de soledad. De las especies, pocas sobrevivieron; y de estas, muchas quedaron huérfanas. La depresión encadenó nuestras ramas.



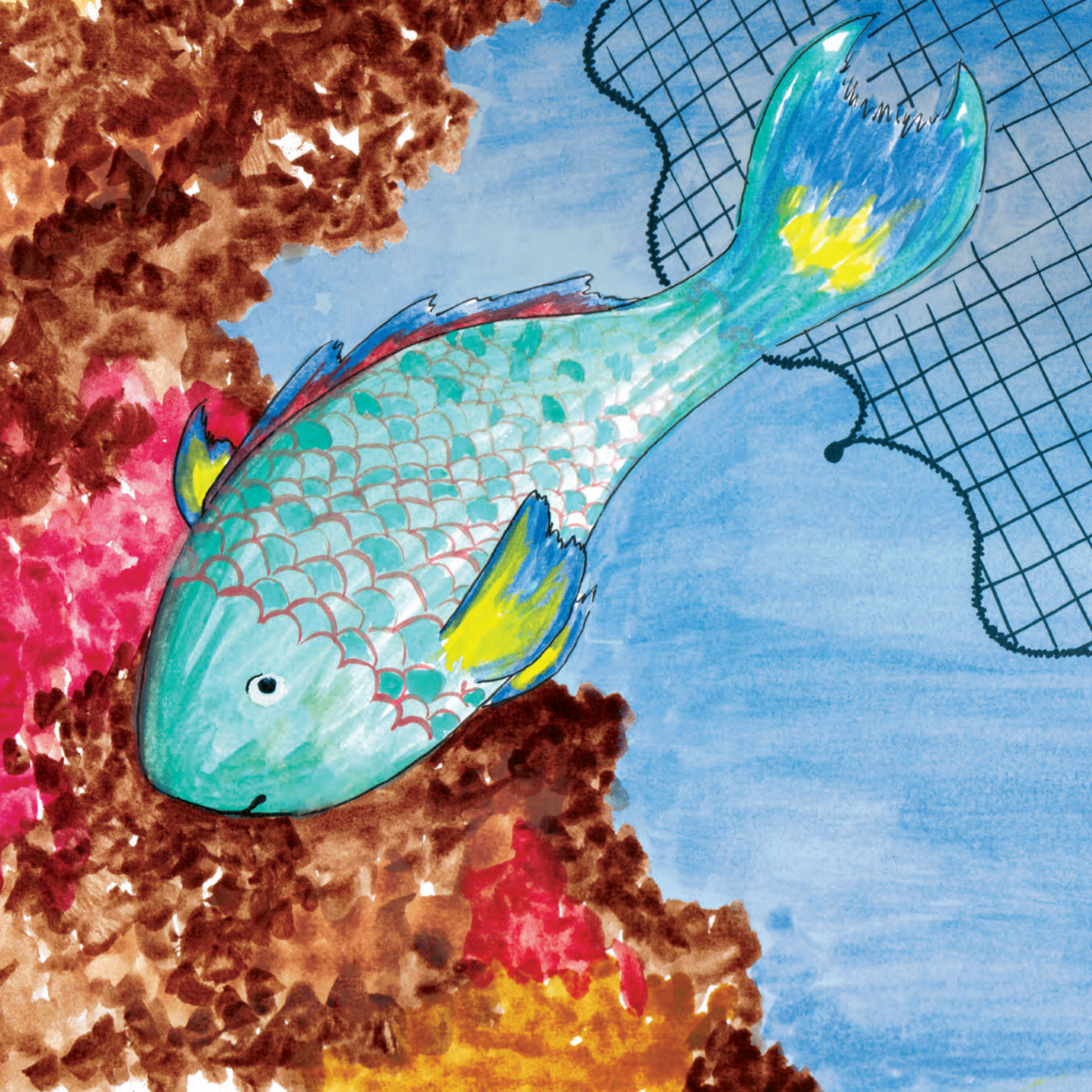


2do lugar

¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?

Raúl Alcibíades Pérez Mena • ILUSTRACIONES: Camile Olivero





¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?

A penas recuerdo aquel día en que, por mi cándida inocencia, creí que llegaba a un mundo de felicidad y aventura, pero que al final resultó en una tragedia. Cuando esos recuerdos llegan a mi mente y veo cómo cambió todo, me sigo preguntando: "¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?".

Ya estaba listo para salir del cascarón, y así lo hice. Al ver a mi madre, y al rojo intenso que decoraba su piel, solo pude pensar: "¡Qué belleza! Y yo apenas con un azul claro... ¡Qué extraña es la naturaleza!". Ella me introdujo al mundo y a las costumbres de nuestra especie; "pez loro", así nos llaman. De ese modo, pasan los días, las semanas, los meses... todo en la más completa calma. "Sí, así es la vida. ¡Nunca me cansaré de vivirla!", pero ¿por qué pensé eso? Tal vez me tocaría tragarme mis propias palabras.

Ahí estaba envuelto en mis pensamientos, en mi almuerzo y en los corales, pero no específicamente en estos, sino en las algas que crecían en su contorno. Una vez satisfecho, acudí adonde mi madre. De repente, todos los animales del arrecife enloquecieron y nadaron despavoridos, como si hubieran visto al mismísimo demonio. Así los conocí, aquellos animales -que jamás había visto- eran enormes y tenían cuatro largas extremidades; estaban envueltos en una especie de traje negro, se movían torpemente y cargaban un tanque en sus espaldas... ¡Eran completamente horribles! Llevaban consigo una red e iban atrapando a mis amigos, uno por uno, llevándolos fuera de nuestro hogar; allí de donde ninguno ha vuelto para contarlo, al mundo desconocido, a los cielos.

Nadé. Traté de huir rápido para buscar a mi madre, pero no pude; de hecho, tuve que presenciar cómo esos monstruos llevaban lejos de mí a todos los que gozaban de mi aprecio.

Intentaba olvidar ese fatídico día, pero era casi imposible. El dolor carcomía mis entrañas, me llevaba a andar sin rumbo ni dirección. Aquel pedacito de arena, donde circulé los días siguientes, se volvió en el lugar por excelencia para ahogarme en mis penas y pesares. Sin embargo, el mismo pensamiento revoloteaba en mi mente: "¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?".

Pasados los años, veía cómo entraba en mi fase adulta y mi piel iba cambiando de color. Me sentía extraño. Estaban cambiando mis gustos, y cada vez me transformaba en algo más parecido a mi madre.

¡Dios, qué agonía! No me basta el vacío que ella dejó en mí; ahora, cada vez que tenga que mirarme, no podré reconocerme, solo podré observar el vivo recuerdo de aquel pez que se ha ido para no volver.

No aguantaba más el vaivén de mi vida, pero hallé consuelo en una de las maneras más extrañas: mis desechos; era algo peculiar, pero estos formaban el suelo donde nadaban y pisaban todos los habitantes. Al ver felices a todos esos animales por la hermosa superficie de nuestro hogar, y al agradecer a mi especie por esto, me sentí contento; creí que había encontrado mi misión en este mundo cruel: embellecer los arrecifes coralinos.

Ya era feliz y amado por todos, había encontrado la paz; aunque, como siempre, esta no era duradera. A aquellos monstruos del mundo desconocido les gustaba juntarse por montones a las orillas donde se separan nuestros mundos, incluso a ellos les agradaba jugar en mis desechos. ¡Eran unos hipócritas! Si les divertía tanto mis desechos, ¿por qué nos atacaban? ¡¿Por qué?!

Sin embargo, sus actos de malicia no quedaban ahí, veía cómo tiraban su basura en nuestro hogar. Tenían forma extraña, parecían medusas. Esos mismos desperdicios atragantaban a mis amigas las tortugas y las mataban una a una, porque estas los confundían con su alimento. Sentía que aquellos desalmados de otras tierras me perseguían, pues luego de haber encontrado consuelo junto a otros animales, volvieron; me sentía como el pez más desgraciado de este mundo, ¿será acaso que la muerte está de mi lado?

Luego apareció un armatoste que se movía con cuatro extraños artefactos que eran circulares y giraban a la par. Aquella bestia de acero expulsaba un gas, cuya peste llegaba directo hacia nosotros. Desde sus entrañas salió uno de los depredadores con una especie de tubo, de donde salió un líquido verde, y lo acercó al arrecife... ¡Nunca había percibido una cosa más repugnante en mi vida! Y, además, era tóxica. Al aspirarla, veía cómo mis amigos se desvanecían y fallecían rápidamente. Tuve que escapar de nuevo y dejar atrás mi felicidad. Aquel hogar donde llegué a ser amado se convirtió en una tumba.

A causa del hambre, seguí a un tiburón hasta un arrecife. En un abrir y cerrar de ojos, se oyó un grito de dolor, el más triste que había escuchado. Al voltearme vi aquella escena: el tiburón, aquel majestuoso rey del océano, había sido atravesado por una lanza y su sangre se esparció por el agua. ¿Quién habría sido el autor de aquel acto tan atroz? Como si bajase de los cielos, llegó la respuesta: "¡Otra vez esos monstruos!".

¿Es que acaso no tienen piedad con nadie? Incluso el gran tiburón no puede con ellos, pues lo arrastraron entre varios hacia el mundo desconocido.

Mi curiosidad por aquel lugar era inmensa, sobre todo, quería saber cómo era y adónde se llevaron a mi madre. Me gustaría saber si podría reencontrarme con ella, aunque eso significara dejarme atrapar por ellos. No obstante, mi cobardía era más grande que mi curiosidad, por eso nadé de nuevo. Al parecer estaba destinado a encontrar la dicha para que mi fiel compañera, la muerte, la arrebatara y me llevara a huir en busca de una nueva esperanza de vida.

Después de varios años intenté despegarme de los demás. Cada vez que alguien se me acercaba, aparecían en mi mente las trágicas imágenes de las muertes causadas por mi presencia, como un destello tenue y abrumador que me recordaba el pesar de mi existencia. Por eso decidí quedarme cerca de otro coral -no muy grande- y no me acercaba a este, a menos que no fuera para fines de alimentación. Esos años pasaron de la forma más lenta y triste posible, era un pez solitario destinado a quedar de esa manera.

Un día, que empezó de la forma más normal, llegué al arrecife donde todo estaba muy callado y abandonado. Lo primero que recordé fue la presencia de un tiburón, ¿será que mi desgracia atacó otra vez? Desdichadamente, estaba en lo correcto, pero no era un tiburón, era algo mucho peor: ¡los monstruos volvieron a sus andadas por tercera vez! Era solamente uno de ellos y me alejé sin que se percatara de mi presencia. Al voltearme, divisé a lo lejos una red impulsada por dos de aquellos seres. Intenté escapar, pero la abertura de aquella red era demasiado grande para poder alejarme. ¡Me habían atrapado, era mi fin!

Del susto, me desmayé. Abrí los ojos. ¿Acaso estaré en el cielo? "¡Madre, madre, madre!", grité con todas mis fuerzas, buscando mi pedazo de corazón arrebatado, pero no lo encontré; estaba solo.

Miré a mí alrededor: "¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Estaré soñando?". Estaba en un coral parecido al último que podía recordar. Todo permanecía ahí, pero... ¡no había cielo! Solo percibía un gran pedazo de azul oscuro dividido en varios cuadros perfectamente distribuidos, con un haz de luz que brillaba en el medio. Sabía que ese lugar no era mi hogar, por eso nadé. Seguí mi trayecto, pero choqué; me bloqueaba el paso algo que no podía ver, como si fuera un muro invisible. Asustado me dirigí hacia otra dirección, y sucedió lo mismo. En realidad, me aboqué a todas las salidas posibles, pero de mi boca ya brotaba sangre.





¡Qué malvados son esos invasores! Me habían confinado en un mundo alterno, haciéndome creer que seguía en mi hogar, ¿querrían comerme? No lo dudo, sus atrocidades superaban los límites de mi imaginación.

Mi vida se convirtió en una rutina. Cada día que pasaba lanzaban comida desde el cielo, ¡era horrible! Me negaba a comerla, con seguridad era algo tóxico para matarme; además, lo único que puedo comer son animales pequeños y algas de coral, sin mencionar que yo estaba allí solo. A los corales que había no les crecían algas y al morderlos me daban ganas de no volver a comerlos. Después del lanzamiento diario de alimentos, pasadas unas horas, la única luz que había en el cielo falso se apagaba, y me envolvía una completa oscuridad. En el silencio podía escuchar varias voces, ¿me estaba volviendo loco? Para mi sorpresa no estaba solo, aquellas voces eran de otros animales encerrados en mundos inventados. Cada noche escuchaba historias de cómo terminaron en cautiverio y se me partía el corazón al conocer más víctimas, cuya desgracia era peor.

Mi fiel amiga no era tan fiel, acompañaba a otros también. Ya no encontraba qué hacer y decidí vagar por los bordes del muro. Un estruendo me aturdió, parecía que alguien estaba golpeando el muro. Volteé mi mirada, pero no observé nada. Levanté la vista... ¡No, no, no! ¡No podía ser! ¡Eran ellos! ¡Muchos de esos monstruos! Hui despavorido hacia la dirección contraria y al chocar contra el muro también estaban de ese lado: golpeándolo, observándome, torturándome. Un día mis debilidades llegaron a sus límites y me despedí de aquel mundo al que solo le traje dolor.

Mi alma quedó vagando en el Cielo, ahora se fusionaba con el viento. Hallé a mi madre, era más feliz que cuando estaba con vida. No solo estaba feliz por mí, sino por ellos; ya mi desgraciada presencia no los atormentaría más. ¡Qué ingenuo seguía siendo!

Desde arriba, observaba el mundo que dejé atrás y noté que aquellas bestias no paraban. Al preguntar sus nombres a mi madre, ella respondió: "Les llaman humanos". Tenía que soportar la agonía de no poder hacer nada al verlos ensuciar con sus tóxicos las claras aguas de ríos y mares, y al ver las almas desprenderse de sus cuerpos tras ser intoxicadas.

Parpadeaba, diez; parpadeaba otra vez, 25... Así iban aumentando la lista de muertes que fueron causadas por ellos, los humanos. ¿Para qué fueron creados? ¿Para aprovecharse de la naturaleza a su antojo? ¿Por qué me eligieron como su víctima? ¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?



3er lugar

No quiero tener hijos

Brihanna Victorino Santamaría • ILUSTRACIONES: Domingo Guzmán





No quiero tener hijos

Me llamo Carey y soy una tortuga de 40 años. Tengo una esposa llamada Perla, a quien amo como si no hubiera mañana, aunque ella anhela algo con todo su corazón que no quiero ni puedo darle.

Yo solía vivir en un arrecife, era vivo y colorido; había mantarrayas por doquier; los tiburones pasaban a menudo; los meros batata estaban en cada esquina; y los peces loros permanecían a salvo, pues se sentían seguros... ¡Era su hogar feliz! Veía también muchas algas, estrellas de mar y moluscos -una variedad tan grande de colores y especies que me maravillaba al verlos pasar y hacer sus rutinas diarias, o sea, al verlos ser ellos mismos.

Cuando nacía otro coral, los pólipos se multiplicaban de una manera asombrosa. Me enorgullecía grandemente formar -o haber formado parte- de ese ecosistema, de ese "paraíso en el agua", así le decíamos, así lo denominábamos y así se hacía llamar, pues estaba dotado de un esplendor que destilaba belleza y majestuosidad.

Siempre me preguntan que de dónde sale eso de no querer tener hijos. Cada vez que me presentan esa interrogante, suspiro y alzo los ojos al cielo en señal de cansancio. ¿Alguna vez has visto algo destruirse frente a ti? ¿Has visto caer algo bello y que no pueda levantarse? ¿Has visto lugares y familias destruidas solo por falta de cuidado? ¿Has visto cosas romperse sin reparo alguno y sin poder hacer algo al respecto? Perla no lo entiende, pero yo sí. "Carey...", me dice con tono de reproche cuando hablamos del tema; como es joven no lo entiende, pues no vio su casa destruirse sin poder hacer nada para remediarlo.

Pero, ¿quién, quién? ¡¿Quién me hace traer hijos al mundo, mis descendientes y tesoros, a un mundo donde van a sufrir?!

Todo comenzó un día en que las criaturas crueles de allá arriba nos comenzaron a notar y, por ende, a pescar. Al principio estaba bien, pues en ese momento había bondad en la mirada del pescador y cuando observaba al agua lo hacía con el orgullo de formar parte de nosotros y de venir del mismo Creador; ahora, al escudriñar sus ojos, ves su avaricia y sus ansias de dinero y poder.

La pesca empeoró con el paso de los años y se convirtió en algo masivo: ya no había un día sin que atentaran contra nosotros. Ellos comenzaron a crear nuevas maneras de secuestrarnos y matarnos; comenzaron a pensar en el valor del dinero y no en las consecuencias de sus actos. Poco a poco, se acostumbraron a tirar basura al mar; en mi hogar veías a los más pequeños morir con el plástico atravesado en sus gargantas y envueltos en bolsas. ¿Por qué hacen esto?!

Después de un tiempo de inclementes ataques, comenzamos a caer. Los corales ya no se reproducían ni estaban llenos de color; de hecho, estaban pálidos. Nunca había visto un arrecife así en mi vida y el día en que los vi supe que todo cambiaría y que nada sería igual. Las estrellas de mar eran quemadas. Mi especie estaba siendo disecada y vendida para decorar las casas de los que habitan allá arriba. ¿Crees que eso es justo? Piénsalo con sinceridad. Estábamos desmoralizados.

—¿Te acuerdas de Mero? Mero está sufriendo por culpa de ellos y, por esa razón, casi no existe. ¿Viste a Loro la semana pasada, Perla? ¿Lo viste? ¿Viste su triste mirar? A Loro le quitaron a su familia y se la llevaron en una red para comérsela. Y los tiburones que ya no nos visitan... ¿Te diste cuenta? Ya no se nos acercan, Perla, estamos muriendo y por eso no vienen. Después me preguntan por qué no quiero tener hijos. No quiero traerlos a un mundo que no es consciente con nosotros, que no respeta nuestras vidas, que no le importa si morimos o vivimos. ¿Por qué? Te preguntarás, Perla. ¿Por qué ellos ríen y comen mientras nosotros lloramos y morimos? ¿Acaso sientes el exceso de sal en los mares? Son nuestras lágrimas silenciosas que se esparcen. Estamos tratando de vivir, estamos luchando... ¡pero ya no hay fuerzas! Ya no hay arrecifes que se extienden por kilómetros y kilómetros en las playas; ya no hay color, solo palidez; ya no hay vida, solo sobrevivientes; ya no hay bondad ni orgullo en los ojos del pescador, solo hay avaricia y ambición. Perdón si no quiero tener hijos, Perla querida. No quiero que sufran lo que yo sufrí, que vivan lo que yo viví, que vean lo que yo vi —le dije a mi esposa con mucha tristeza y destrozado todavía por la realidad.

De repente, mi monólogo se vio interrumpido:

—Carey, ¿y si vuelves a ver bondad en los ojos del pescador? Carey querido, ¿qué harás entonces?

—Para ese momento, para cuando se den cuenta de lo que han perdido, Perla, ya será muy tarde... No estaremos aquí —le respondí con cansancio.







El pequeño, pero gran Bernardo

Angirenys González Acosta • ILUSTRACIONES: Ivanna Candelier





El pequeño, pero gran Bernardo

En lo más profundo del océano, donde la aventura recién comienza, vivo yo... un pequeño tiburón de manchas oscuras llamado Bernardo que desea crecer y ser el orgullo de su padre, el Gran Tiburón Guardia, a quien todos admiran por el gran esfuerzo y valentía con que cuida el arrecife de coral. Sé que algún día seré como él. De hecho, mi madre siempre dice que debo prepararme para tomar su puesto y que mi verdadera fuerza proviene de mi corazón. Aunque ella es muy sabia, hasta hace unas semanas no entendía lo que quería decir con eso.

Un día, al acompañar a mi padre en su labor, vimos algo fuera de lo normal: el agua se había tornado de un color diferente. Al investigar, descubrimos algo grande. ¡Era basura! Muchas botellas y un extraño líquido negro afectaban a nuestro hogar. Los peces nadaban de un lado a otro asustados y desesperados. Mientras mi padre trataba de calmarlos, tuve la idea de ir a lo remoto y arriesgado en busca de respuestas, así que emprendí una aventura para llegar a la sabia tortuga Carey sin imaginar cuántas increíbles experiencias me esperaban.

En mi viaje conocí a Loro, un colorido pez que me contó que cada día -con su arduo y agotador trabajo- mantiene con vida a nuestro bello hogar, pues él y su familia se ocupan de limpiar el arrecife. También me contó que muchos de sus compañeros habían desaparecido; todo se debía a la gran pesca de su especie. Él teme a ser extinguido sin razón, pues no sabe cómo defenderse de caer en la red del pescador; pobre e indefenso pez, tanto trabajo duro sin saber que su vida depende del destino y la suerte. Continúe mi largo viaje. Pasé por muchos lugares que nunca imaginé visitar y conocí nuevas especies.

Sin saber dónde me encontraba, me detuve porque sentí que algo misterioso sucedía. Aunque intenté saber, mi intuición no fue suficiente para lograrlo. Retomé la marcha. Todos en el fondo del océano nos sentíamos preocupados porque nuestra vida era amenazada. Casi llegando a la casa de mi vieja amiga Carey, me crucé con unos peces dorados que gritaban con desesperación: "¡Ayuda! Ya no tenemos hogar, algo de color muy oscuro cubrió toda nuestra casa, ahora estamos sin dirección, sin saber adónde ir". Yo, sin tener otra solución, les dije que formaran parte de nuestro arrecife coralino. Ellos, con mucha felicidad, lo agradecieron.





El coral Cori

Saray Cristina Ruíz Mercedes • ILUSTRACIONES: Camile Olivero



El coral Cori

Hola, soy Cori! Originario de Santo Domingo, República Dominicana. Tengo muchos años bajo el mar, pero cada día tengo más temor de ser destruido a causa de la depredación humana. Mi propósito, como plataforma submarina, es proteger el planeta Tierra de los terremotos; por eso quiero que me conserven aquí, en el mar Caribe de La Española.

Vivo en todo el litoral de esta isla y sirvo de hogar a miles de seres vivos; las estrellas de mar y los peces loro, que me visten con sus hermosos colores, son solo algunos de estos. Aunque cuento con una gran cama para dar asilo a toda especie marina que me necesite, ahora presento un gran problema debido a los incrementos del tiempo: parece que el desorden humano ha llegado a un grado tal, que mi hermosa morada no será la excepción dentro de ese desastre.

Estoy desesperado. No sé si elevar un grito al cielo para que se escuche en todos los rincones de la Tierra. Soy un coral que está pidiendo ayuda a quien entienda la función que desempeño, pero nadie me escucha... Es que mi grito no se oye a través del viento. Quiero ser tomado en cuenta. Me siento mal y mis colores están cambiando, me estoy despigmentando. Me siento enfermo.

¡Oh, mundo! ¿Por qué eres tan cruel? ¿Es que no te has dado cuenta de que soy tan importante como tú para el Planeta? ¡Detente, hombre! ¡Para, pescador! Observen que me estoy marchitando. ¡Dejen de arruinarme! No me llenen de combustibles que enferman a mis habitantes. Miren a mis inquilinos, a quienes siempre les he dado albergue, alimento y seguridad en las tempestades; ellos son quienes resurgirán con más deseo de reproducirse y de llenar mi hogar con criaturas de hermosas y vistosas tonalidades.

Necesito que el hombre aprenda a tomar en cuenta mi humilde aporte para su propia existencia; que ame el mar Caribe, y lo respete. ¡Ay, se me olvidaba! Preciso que sepa que no tengo boca para expresarme, ni brazos que levantar; que no le puedo decir: "¡Deja al coral que sirve de casa a una gran cantidad de especies marinas dominicanas! Si lo dañas, te haces daño a ti mismo y a tus futuras generaciones".

Llegará el momento en que solo se me conocerá en fotografías y te reclamarán: "¿Qué pasó con esos corales de hermosos colores que parecían grandes bosques dentro del mar Caribe? ¿Cómo eran? ¿Qué es un pez loro? ¿Qué es un manatí? ¿Qué es una tortuga?".

Obsérvame, por favor, ¿no ves que muero? ¡Ayúdame! ¡Quiero vivir! No me destruyas, pues mi misión es contribuir y serte útil.





Un león amistoso

Ruth Mayeline Lugo Méndez • ILUSTRACIONES: Domingo Guzmán



Un león amistoso

¡Hola! Me llamo Leo, y soy una rara especie de la familia Scorpaenidae. Erróneamente me llaman pez escorpión, ¿será por mis grandes antenas? No lo sé. Sin embargo, preferiría que me llamaran el gran pez león, pues ingiero a todos. Normalmente, habito en el océano Índico y en el Pacífico.

Aunque pertenezco a una pequeña familia, mis padres casi nunca me prestan atención, pues solo andan por el mar buscando a quién devorar. Creo que eso es generacional. Tengo dos hermanos que casi nunca están en casa. A veces pienso cómo sería mi vida si no me comiera a todos.

Desde mi creación me diseñaron para ser un depredador, pero a veces quisiera no serlo; tal vez te preguntarás: "¿Cómo sobreviviría, entonces?", pero lo cierto es que puedo alimentarme de otras especies.

No tengo amigos. El solo hecho de pensar que soy un pez solitario y que únicamente me acerco a los demás para comérmelos, me hace sentir muy mal. ¿Sabías que apenas crezco un máximo de 20 centímetros? Los demás piensan que soy más grande, pero mis extensas espinas me hacen lucir así.

Mi presa favorita es el pez loro. Cazo a todos los de esta especie sin que quede uno solo en el mar, no lo puedo evitar... ¡para esto nací! Sin importar las consecuencias, pico a los buzos y mi toxina les causa parálisis.

Cuando termine de narrar mi vida te diré mi gran secreto, pero continuemos... Un día nadaba en el océano Atlántico y vi a un gran cangrejo; en mi intento de no comérmelo, quise establecer con él una conversación. Confieso que fue muy difícil para mí, porque es una de mis especies favoritas a degustar, pero le hablé con ansias porque quería tener un amigo.

—¡Hola! Soy Leo— me presenté—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Federico. ¿Qué quieres? ¿Comerme? —me respondió temeroso.

—No, solo quiero tener un amigo. Es casi imposible para mí, porque soy un depredador.

—Te entiendo —asintió.

¡Vaya! Nunca había tenido un amigo... ¡Por lo menos ahora tengo con quien hablar! No soy un simple pez solitario que vaga por el mar, ahora soy el amigable Leo. Estoy muy feliz de que, por fin, mi vida no sea aburrida.

Al pasar los días, mis padres regresaron a casa con una mala noticia: no habían comido nada, pues los peces se extinguían, en especial nuestro platillo favorito, el pez loro. No sabía qué hacer, pero para alegrarles el momento les conté que había entablado una amistad con alguien.

—¿Cómo es tu amigo? —preguntaron, felices, mis padres.

—Tiene muchas pinzas y es bien gordito; se trata de un cangrejo.

Segundos después me obligaron a cometer algo que nunca me perdonaré, aunque tuve que hacerlo porque me amenazaron. Mi familia estaba en juego y no solo morirían mis padres, sino toda mi generación, pues nuestra presa se extinguía cada vez más. No había forma de desobedecer, tuve que hacerlo; era mi única opción, de lo contrario, me convertiría en el pez más detestado y en una deshonra para los míos. ¡No los podía defraudar!

Entonces fui y les entregué a Federico -mi primer y único amigo- como carnada, y lo devoraron hasta no dejar rastro de él. No pensaba que un depredador como yo tenía corazón, pues no paraba de sufrir por lo que le pasó a Federico. De hecho, llegué al punto de pensar que también me merecía eso: la muerte.

Aquí les confesaré mi gran secreto: aunque no soy tóxico, como piensan los hombres, mis espinas lo son y en mi cuerpo hay una carne deliciosa. No obstante, te exhorto a ti, como humano, que no comas el pez loro, pues están en extinción. Deberías comernos, pues la contaminación no solo acaba con las especies acuáticas, también lo hace nuestra descendencia.

Mi gran deseo es que puedas reflexionar antes de hacer estas cosas y que, por favor, respetes cada una de las estaciones en que se puede comer pez loro. Aunque -confieso- que los de mi especie merecemos que nos exterminen, porque al parecer solo existimos para destruir a los demás...





Antagonismo revelador

Alfred Santos Pérez • ILUSTRACIONES: Ivanna Candelier



Antagonismo revelador

No se trata de mí, del mar, de otros peces, de cuántas cosas podría decirte que puedes hacer para ayudarnos o para simplemente colaborar con el tema en tu comunidad. No se trata de transmitir a quienes no quieren ver la problemática. No, ahora no se trata de eso. De qué sirve ayudar, de qué sirve que te digan una y otra vez cómo se está deteriorando el mar, de qué sirve que se acerquen a ti y te reiteren esto una y otra vez. Tu ignorancia y falta de atención te desvían del único sentir que es lo suficientemente avasallador como para que comprendas cómo lloran los corales, se agrietan, cambian de color y mueren.

¿No puedes entender cómo los mares pierden sus preciosos peces y las especies invasoras como yo, Dominik, un pez león, destruimos todo lo que la naturaleza ha forjado? Y ese sentir que para muchos es erróneo, para mí, de una forma utópica, es la esperanza para que estos mares se salven. Ese sentir es la conciencia.

¿Será la frialdad que los ciega o la simple codicia del dinero producto de la sobrepesca? Honestamente, como antagonista de estos mares y visitante que soy, no me importa. No me importa tu ceguera, cómo estás leyendo esto o cómo veas el mar. Pero, al menos espero que dejes de verlo de una forma tan simple: como un coral rodeado de agua y de peces que son inferiores a ti, que eres humano. ¡No! En realidad, y a pesar de ser destruidos por la sobrepesca, atacados por especies invasoras como yo y en peligro de extinción, a pesar que les destruyen el espíritu, olvidándoles una y otra vez, dejando que se desvanezcan, a pesar de todo... ¡Las especies marinas endémicas siguen siendo bellas! Desde el pez loro más pequeño e insignificante que veas, hasta el coral más majestuoso que crea un sublime dramatismo en los mares. Desde el todo hasta la nada... estos arrecifes son simplemente preciosos. Cada ser es único, irrepetible y sigue intentando dar oxígeno al mar, sigue reproduciéndose y dejándose matar por ti, por mí y por todos.

Los habitantes de los arrecifes siguen buscando esa conciencia y esperanza que tú, como parte del pueblo dominicano o quizás visitante, deberías despertar o avivar. Aunque sea un poco, aunque sea difícil, aunque el resto del mundo mire hacia todo lo que no sea ayudar al mar, tú deberías hacer la diferencia.

Repetitivo, cliché y gastado, lo sé, seguro has escuchado lo anterior una y otra vez. Pero, dime, ¿cuándo fue la última vez que trataste de hacer eso o siquiera reflexionaste profundamente sobre esto? Dime, respóndeme y grítame la respuesta, porque apuesto todo el veneno de mi cuerpo a que esta fecha no está cerca, y si lo estuviera, aún así no cambiarías nada, por eso te pregunto: "¿Por qué tardas tanto en tener esa conciencia?".

Estoy seguro de que ya te aburriste o piensas que estoy exagerando un poco... Pero, ¿en serio? ¿Tanto te cuesta si quiera pensar o ponerte en el lugar del mar que ahora mismo se ve avasallado por tu especie? No tienes la culpa de que esté pensando esto, pero sí la llave para ayudar a que pare aunque sea un poco. Honestamente, estos arrecifes con esta belleza endémica, inimaginable y exótica son motivo de orgullo para tu pueblo y de envidia para los demás. Te pregunto: "¿Quién más tiene o posee tan hermosos corales? ¿Quién más posee esos peces con colores únicos o quién ostenta estas playas?". ¡Nadie! Y si los tienen, no son como los de este país.

Si no cuidas los arrecifes o empiezas a valorarlos, van a seguir muriendo poco a poco, si tu no despiertas la conciencia, entonces, ¿quién lo hará? ¿Dónde quedó el amor a la patria? ¿Dónde quedó todo ese orgullo de ser dominicano? ¿Y esos



deseos de ayudar y hacer la diferencia? ¿Y dónde quedó el amor a estos arrecifes que ya no ven esperanzas en los dominicanos? Podríamos vagamente decir que quedaron en la admiración de otras culturas, en la ignorancia hacia tu propio país y en la simple indiferencia hacia una triste realidad. Yo, sin lugar a dudas, siento pena por Quisqueya, que tiene tan buenos hijos. ¿Es que no se dan cuenta de que el prefacio para el final de sus arrecifes está llegando? Y los que pueden hacer algo por ayudarla y los culpables, a la vez, por descuidarla, no hacen nada para recuperar o hacer que prevalezca su belleza caribeña.

Si ellos, los dominicanos, no hacen nada para ayudar, ¿cómo creen que mi especie se va a ir de sus arrecifes y playas? Sí, ya perdimos la esperanza en ustedes que no se ocupan en hacer algo. Mi especie vino con el objetivo de destruir todo; pero en el camino nos dimos cuenta de que no éramos los únicos de los que debía cuidarse el mar. Están ustedes, que sobrepescan, contaminan sus aguas y no le dan amor. ¿No ven acaso que los corales, peces, parques protegidos y demás seres de mis alrededores necesitan su atención?

Aún no entiendo cómo ven que el agua se pudre, cómo sus especies mueren lenta y dolorosamente, pero permanecen viendo todo como aguas estancadas en un lugar lejano. No pueden ver a los peces como simples animales, cuando son fuente de alimentación de gran parte de la patria libre que sus guerreros forjaron. Es difícil ver cómo la majestuosidad es rota por ti, al dejarla de lado hacia los malvados y no velar por ella. Debes cuidarla como una parte viva y latente del corazón de tu pueblo dominicano. Si no te apuras en hacer algo, solo serás otro o permanecerás siendo uno más que dejó que su isla muriera poco a poco mientras perdía su belleza caribeña y se maltrataban sus ecosistemas. Me imagino que ya sabes que nada de esto va a cambiar hasta que no veas a ese ecosistema como parte importante de tu patria.

Ahora me encuentro tieso, algo cansado y quizás hambriento, sigo nadando en lo que mis branquias intercambian oxígeno con el agua. El silencio marino de medianoche me deja pensar, en lo que las olas de un ecosistema que he dañado, y espero que arregles, me llevan. Espero que, alguna vez un dominicano me pesque, me sirva y me coma. Suena suicida, lo sé, pero al menos moriría sabiendo que un dominicano contribuyó con sus arrecifes; aunque sea eliminándome de forma inconsciente.

Este soy yo, Dominik, un pez león extranjero como cualquier otro, que tal vez dañe tu ecosistema, pero que a la vez puede verte salvándolo, curándolo. Por lo menos, eso espero que hagas de hoy en adelante. Recuerda... todo queda en tus manos.





Coralino

Marycarmen Pulgar • ILUSTRACIONES: Domingo Guzmán



Coralino

Hola! Soy Coralino, un coral que vive en los arrecifes de Punta Cana. Junto a mis amigos comparto el movimiento del agua y vivo maravillado con las tonalidades que me rodean. No obstante, lo que más me fascina es el colorido de esas especies que se hacen llamar “peces loros”; ellos son mis héroes, porque nos protegen de las espeluznantes algas.

Un día en que observaba feliz cómo estos animalitos acababan con las algas, alcancé a ver unas extrañas figuras fuera del agua. Eran grandes y lucían una vestimenta un tanto extraña. Mientras más se acercaban a los peces y crustáceos, estos se alejaban o escondían con mayor rapidez; sin embargo, yo -que soy un coral- no podía moverme. Ellas se aproximaban y aproximaban... Y, de repente, una de estas criaturas extendió una de sus extremidades y se llevó consigo a uno de mis amigos. Yo estaba muy asustado.

Esta acción se repitió con otros amigos. Más tarde, noté que los invasores trajeron en sus garras un objeto alargado que comenzó a succionar un sinnúmero de peces y crustáceos, y que finalizó cuando se cansaron de su pesca. Luego todos los animales salieron de sus escondites, mientras yo seguía triste y asustado.

—¿Quiénes eran esas criaturas y por qué hicieron eso? —pregunté a una langosta que era mi amiga.





—Coralino, los humanos se creen dueños del mundo y se llevan a su paso todo lo que consideran débil. He perdido a mi familia completa por su culpa.

Pasaron los meses y esas criaturas, que conocen como humanos, no habían vuelto. Tras el lamentable hecho nada volvió a ser igual. Las algas empezaron a crecer y noté que mis amigos corales estaban cambiando de color; se veían pálidos y yo tampoco me sentía bien. El arrecife ahora parecía un cementerio.

Confieso que no me siento nada bien. Creo que soy el único coral que ha sobrevivido aquí. En mi delirio recuerdo cuando todos vivíamos en paz y armonía. ¿Por qué tuvo que pasar esto? Las algas, las tétricas algas, me rodeaban por completo; sentía que me falta el oxígeno. De pronto... supe que me estaba muriendo.

A lo lejos divisé a unos humanos, pero no se parecían a los de aquella vez. Sin esperanzas, ya sabía lo que harían conmigo, pero al final me di cuenta de que estaba equivocado. En esta ocasión venían a rescatar lo poco que quedaba de mí, aunque ya no había forma de que aquel lugar volviera a ser igual de hermoso. Ya no quedaba nada y, por más que quisieran salvarme, se había agotado el tiempo. Mi vida bajo el mar iba en cuenta en regresiva y, con el pasar del tiempo, yo apenas sería un recuerdo.



Dentro del Gran Azul

Liz Coral Castillo Rincón • ILUSTRACIONES: Camile Olivero



Dentro del Gran Azul

Veo un mundo lleno vida. Pasan por mi lado distintas especies de todos los tamaños y colores, y percibo los suaves labios de mis amigos los loro por todo mi alrededor. Sin embargo, cada vez más siento un vacío inusual en mi ser. Es como si algo desapareciera en mí con el pasar de los días.

Las olas se mantienen tranquilas; desde lejos logro divisar al pequeño Pez Azul nadar con su madre, la Señora Escarlata. No hago más que contemplar su dulce paseo, un juego entre madre e hijo. Siento su recorrer a través de mis algas y cómo limpian todo rastro de la suciedad que he obtenido con el paso del tiempo. Ellos me vuelven a la vida que solía tener.

Este es un lugar tranquilo donde los peces se divierten, las ballenas hacen sus cantos matinales, los tiburones andan en busca de nueva comida y los rayos de luz crean reflejos en mi abstracta figura. Me siento feliz de pertenecer a un país tan cálido y alegre, con playas blancas y perfectas. República Dominicana es un lugar de paz y tranquilidad.

Los días pasan normales, como ha sido siempre. Veo nuevas especies por los alrededores y me alegro de saber que nuevos amigos vienen a disfrutar de este paraíso. Pero todo pasa tan rápido, que quedo en total estado de confusión. Todos los peces nadan tan veloces como si su vida dependiera de ello. Chocan entre sí y las burbujas no tardan en aparecer como muestra del alboroto en el Gran Azul. Yo me pregunto: "¿Qué estará pasando aquí?". Y en el preciso momento en que lo hago, veo a una gran sombra por encima de las preciosas olas en las que he vivido toda mi vida. Bajan dos especies nunca antes vistas por mí y el miedo no tarda en aparecer. Mis amigos, los peces loro, parecen conocerlas; creo que es la razón por la que todos los animales tratan de escapar.

Una de las extrañas figuras baja hasta donde me encuentro; es el momento donde lamento ser una gran roca colorida posada en medio del Gran Azul. Por ser rígida y fuerte, no puedo escapar. Siento una leve luz al frente que se enciende y apaga desde distintos ángulos. Me siento confundido. Entonces saca una caja que me es conocida por las veces que la he visto antes aquí. Mis amigos, los loro, le llaman basura.



Noto que la extraña figura saca una especie de red y algo en mí se remueve. Tal vez sean las algas, pero aquel mal presentimiento no se va de mi organismo. La red se vuelve grande y veo que baila por las olas del Gran Azul. En un rápido movimiento uno de mis amigos loro se ha enredado sin tener escapatoria. Siento la necesidad de ayudarlo, pero no puedo. No puedo, porque no soy más que una gran roca inmóvil. Luego, uno tras otro, los peces son capturados por la red. ¡He perdido la cuenta de la cantidad de peces que ha atrapado la red! ¿Qué está pasando aquí?

Satisfechas, las figuras extrañas vuelven a la superficie, un lugar misterioso y desconocido para mí. La gran sombra se aleja y la pierdo de vista. Nuevamente siento un vacío en mi ser. Los peces que han quedado, salen de sus escondites y me rodean. Sus pequeñas aletas me causan cosquillas al pasar junto a mi raposa piel. No puedo evitar seguir pensando en lo ocurrido. En mi asombro me pregunto: "¿Qué ha sucedido? ¿Por qué cayó sobre nosotros aquella sombra? ¿Quiénes eran aquellas figuras extrañas? ¿A dónde se llevaron a mis amigos?". Me invaden tantas preguntas, pero no tengo respuestas.

Pasan los días, todo ha estado tranquilo desde aquella vez... Me cuesta recordar. Estoy envejeciendo más rápido y no entiendo la razón. Los loro ya no vienen tan a menudo. He visto pasar al pequeño Pez Azul y a la Señora Escarlata apenas un par de veces y esa ausencia me lastima, me mata. Ya no veo danzar a madre e hijo, y la arena se ha tornado más oscura.



El Gran Azul por estos lados empieza a despoblarse y siento que ya nadie me quiere. Nadie viene a jugar. Al pasar los días me he dado cuenta de que el Gran Azul ha sido invadido por una gran cantidad de basura y han aparecido manchas negras a mi alrededor.

Ya es tarde y al parecer los que quedan de mis amigos loro vuelven para contagiarme un poco de alegría y amor. La paz vuelve a reinar y la alegría vuelve a mí cuando los siento cerca y revoltosos como siempre. Justo cuando todo parece retornar a la armonía, la sombra vuelve a situarse en el mismo lugar de antes. Entonces la escena de hace días vuelve a reproducirse. Regresan las figuras extrañas y en un ágil movimiento tiran una red que atrapa a todos mis amigos loro. La agonía regresa cuando desde lejos diviso dos peces muy importantes para mí: el pequeño Pez Azul y su madre la Señora Escarlata, que van arrastrados por aquella horrorosa red.

No sé cómo expresar lo que siento. Es una mezcla entre enojo, tristeza e impotencia al ver a mis amigos siendo llevados a ese lugar desconocido por mí. ¿Por qué hacen eso? Veo por última vez el rostro del Pequeño Pez Azul lleno de miedo y luchando desesperadamente por salir de tan asfixiante lugar. Quiero llorar.

Las figuras empiezan a regresar a la superficie, llevándose a mis amigos y dejándome solo con la molesta compañía de la basura. Las demás especies se han ido, no quedan más de mis amigos loro y empiezo a entrar en pánico. ¿Qué les harán a mis amigos? ¿Quién me hará compañía ahora? ¿Cómo sobreviviré?

Pasan días, semanas, meses... Estoy solo, el Gran Azul ya no azota sus olas contra mi viejo y desgastado cuerpo. Ya no tengo razón para existir. No hay más peces, nadie me visita, nadie viene a jugar conmigo. Hace meses que las figuras no regresan por estos lados, hace meses de la partida del pequeño Pez Azul y su madre, ¿qué habrá sucedido con ellos? Hace meses que la felicidad se acabó para mí.

He perdido el color, mi piel está más raposa de lo usual y ha cambiado a un tono blanco que me enferma. No tengo fuerzas. Creo que ha llegado el momento de decir adiós. Adiós al bello Gran Azul, aquí donde alguna vez fui realmente feliz. Amé aquellos días en que compartía con los peces loro, con las nuevas especies. Amé ser libre y estar vivo. Antes de dejar de existir, me pregunto: "¿Cuál habría sido el propósito de aquellas figuras extrañas? ¿Acaso no sabían el daño que me habían causado?". Quise responderme aquellas preguntas, pero estaba seguro de que no podría, debido a mi estado. Si tan solo hubiese sido todo diferente en el Gran Azul.



El mundo en sueño

Miguel Elías Abud Muñiz • ILUSTRACIONES: Ivanna Candelier





El mundo en sueño

¡Hola! Me llamo Aldo. Soy un pez payaso que vive en el océano Pacífico, y les quiero contar mi historia.

El lugar donde nací y crecí poseía una belleza sin igual, con un suelo provisto de la más blanca y fina arena. Era el refugio de una gran variedad de especies, como la señora Cangrejo, madre de un numeroso grupo de pequeños crustáceos. De hecho, su mayor diversión era jugar a esconderse de su madre, cuando ella se acercaba salían del escondite creando un remolino para asustarla. El agua era tan cristalina que permitía una visión nítida de los colores y formas del entorno. Abundaban los rojos mezclados con naranjas y verdes, en todas las tonalidades posibles.

Una gama de peces compartíamos, desde el fondo del mar, el mismo pedacito de cielo. Todo era tranquilidad, salvo cuando nos visitaban nuestros depredadores para hacer de nosotros su máspreciado bocado. Por esta razón, los mayores se esforzaban para hacernos entender la importancia de nadar cerca del arrecife, a fin de que estuviéramos fuera de peligro.

No obstante, soy muy curioso y siempre quiero conocer más y más. Fue en una de estas expediciones que descubrí mi lugar secreto; a este acudo cada vez que tengo problemas en casa. Una mañana iba camino



a la escuela y por alguna extraña razón me desvié y terminé merodeando en mi escondite. Me quedé dormido y, ya pasado el mediodía, me desperté sobresaltado al darme cuenta del terrible problema en que me había metido. Nadé lo más rápido que pude para llegar a mi casa y tratar de explicarle lo inexplicable a mi madre: había cambiado un día de clase por un paseo.

¡Oh, no puede ser! ¿Dónde está mi casa? ¿Dónde están todos? Nada parece tener sentido. Todo lo que había dejado esa mañana ya no estaba en su lugar. No podía reconocer ni aceptar lo que mis ojos veían. Seguí nadando por los alrededores, un poco más lejos de donde se suponía que estaba mi casa, y escuché un quejido. El sonido me llevó debajo de unos escombros, donde encontré unos compañeros que por poco no llegan a explicarme lo sucedido: “Una sombra gigantesca arropó el lugar y varios peces nadaron para esconderse dentro del coral; aquella red se llevó a todos, sin distinción. A los que se ocultaron les fue peor, ya que sin ningún cuidado algunos pescadores destruyeron todo a su paso, sin importar quiénes morían”.

Detrás de sí, estos forasteros solo dejaron un halo de muerte y suciedad. Todo en busca de los peces que circulaban en el lugar; cierto que eran lindos y exóticos, pero yo me pregunto: “¿Vale la pena destruir tanta belleza en un acto tan salvaje y egoísta?”.





Lo escondido de la mar

Ivana Marie Ramírez Cordero • ILUSTRACIONES: Camile Olivero



Lo escondido de la mar

Sé que puedes tener una idea de la inmensidad del mar, pero desde aquí te contaré acerca de mi mundo, de mis amigos y enemigos, así como de la verdad y el dolor. Cada nuevo día despierto con la ilusión de que sea el fin de una pesadilla y de que todo vuelva a ser como antes, que el humano esté de nuestro lado, que su curiosidad ante nuestro mundo pueda ser saciada y que bailemos juntos el son de la armonía, un merengue del respeto, una balada de tolerancia.

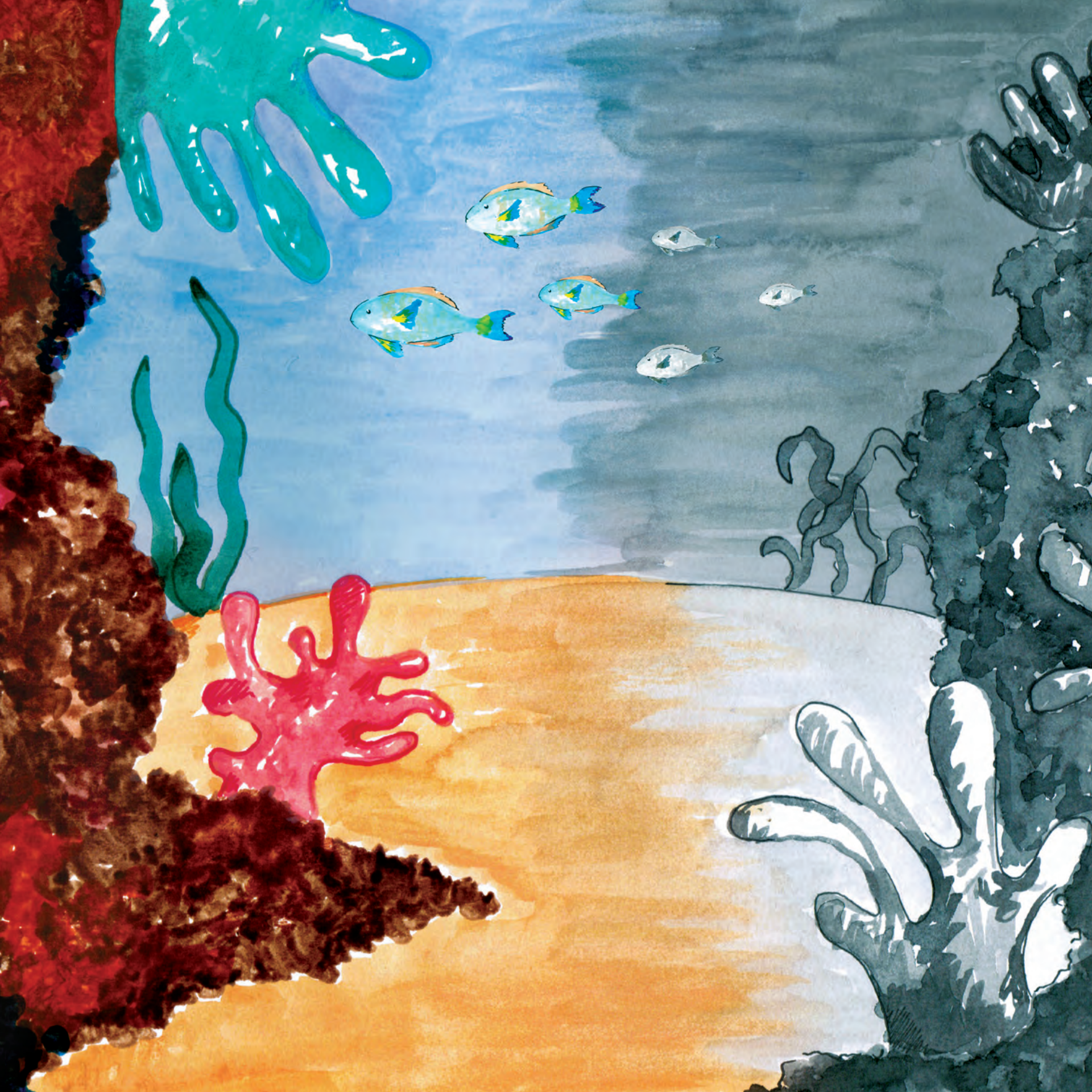
El mar es la representación del amor profundo e intenso, las bellezas que habitan allí son comparables con las joyas más hermosas del universo. Algo que suele llamar tanto la atención. Nuestro mar es propietario de la arena más blanca y suave como el lino más fino; apreciamos sus feroces olas que vienen trayendo y llevando recuerdos que nadie jamás ha escrito. Sin embargo, ha sido maltratado y descuidado, olvidando a sus arrecifes de corales. Somos muchos quienes estamos clamando con voces inaudibles: "¡Ayuda!".

Ese grito de auxilio es irrelevante para los humanos, pues no se dan cuenta de la importancia que tiene, es porque algo está pasando en nuestras aguas y nadie se percató de esto. La curiosidad los guía al mar y allí se puede ver que los arrecifes coralinos somos el hogar de muchas especies de nuestro país, quienes también están siendo perjudicadas por la sobrepesca; el problema no es que estamos en peligro sino que estamos aguantando esta situación por tanto tiempo.

Por muchos años hemos estado inmersos en estos percances y, evidentemente, el mayor de todos es la sobrepesca; esto no solo reduce las especies que moran en nuestras aguas, sino que causa un gran impacto en nuestro ecosistema marino. Las personas pescan indiscriminadamente sin pensar que esto disminuye las especies marítimas que viven en nuestras aguas, este problema no solo nos afecta como corales, sino que afecta la vida marítima en general, pero las personas al parecer no pueden comprenderlo.

Aquí entendemos que la pesca para los humanos es muy importante, pues es un sustento económico; no estamos en desacuerdo con esto, pero debemos de tener un balance para que todas las especies salgan beneficiadas. Lamentablemente hay especies que están siendo más perjudicadas que otras como es el caso del pez loro, es difícil decidir cuál de sus características únicas es la más sorprendente. Su alimento





consiste esencialmente en algas, lo que mantiene controlado el exceso de estas en el mar. Estos también roen el coral con los dientes que tienen en la garganta para extraer los pólipos de las algas.

Esta especie también es la productora de la arena que tenemos en nuestras playas debido a que sus desechos biológicos producen la arena tras ingerir el coral. Es increíble saber que nuestra arena es producida por los peces loros. También está el sexo del pez loro, que cambia repetidas veces a lo largo de su vida, y los colores y dibujos de su cuerpo, que hacen muy difícil su clasificación; varían enormemente incluso entre los machos, las hembras y los peces loros más jóvenes de una misma especie.

Además de la sobrepesca, los arrecifes coralinos nos vemos amenazados por las especies invasoras; nuestra aguas cristalinas están siendo amenazadas por un tipo de pez en específico y este es el pez león. Su especie no es nativa del océano Atlántico. El venenoso pez, rápido para reproducirse, agresivo al buscar comida y se alimenta de nosotros, es capaz de comer otros tipos de peces. Sin lugar a dudas, esta especie es una amenaza para nosotros, lo malo es que no cuenta con ningún tipo de depredador y esto impide su disminución. Solo el humano puede pescarlo y así evitar su reproducción masiva, esto nos lleva a la siguiente conclusión: si en lugar de la pesca excesiva del pez loro comienzan a pescar más peces león, esto crearía un balance perfecto en nuestras aguas.

Los arrecifes de corales están constituidos por animales de diferentes tamaños y formas, poseen una amplia gama de colores y llenan de vida el mar, por eso se debe concientizar a la población sobre este hermoso recurso natural que posee nuestra tierra, pues en nuestras islas funcionan como un gran atractivo para los que vienen de lejos, anhelan admirarlos y sentir su magia. Si cada uno pone su granito de arena tendremos toda una vida para escribir de su inmensa belleza y su esplendor que llena nuestros días de alegría.



Eres nuestra salvación

Wilnally Díaz Reynoso • ILUSTRACIONES: Domingo Guzmán





Eres nuestra salvación

Hoy se cumple un año más desde aquella tragedia que en nuestro mundo ocurrió. Aquí donde vivo, en nuestra hermosa tierra, sucedió un accidente que a todos dolió.

Una terrible especie desconocida todo lo nuestro nos arrebató, ignorando aquello que nos pasó. ¡No! Mejor calla y no digas nada. Las injusticias crecen día tras día y nadie las detiene. No sé qué pasará con los que quedamos, pero si algo no hacemos, ¡para el Cielo vamos!

Recuerdo aquella época en que todos nadábamos felizmente sin temor alguno, era todo diferente y problemas ¡ni uno! Como quisiera que no hubiera pasado lo que me quitó a mi madre, a mi amigo y a mi hermano.

Soy un pez loro, pequeño y colorido, y hoy a ti te cuento lo que me ha sucedido. En el mundo marino todo era un sueño, múltiples colores... ¡Guao! Qué mundo tan bello. Los peces nadaban por los siete mares, explorando juntos aquellos lugares. ¿Y los arrecifes? ¡Mi lugar favorito! Era mi hogar, mi preferido; un conjunto de corales que en ellos habitaban, al vecino Bruno mucho que le gustaba. ¿Qué decir de la gran vista que allí cerca estaba? Todo lleno de vida, nada faltaba.

Si te sigo contando amigo mío, ten por seguro que hoy no termino. Extrema belleza de allí donde vivo, pero desde que esto pasó ya no es lo mismo.

Con mi familia y mi amigo un día andaba, íbamos de visita donde mi abuela Tamara. El camino era largo y por momentos oscuro, pero con mi madre al lado me sentía seguro. A mitad del viaje me quise parar y a mi amiga Perla poder saludar, toqué a su puerta y me invitó a pasar, cuando giré atrás para que mi familia entrara no los encontraba, me intrigué y pensé: "¿¡Qué broma es ésta!? ¡Salgan ya, vengan de vuelta!". Pasaron minutos y me empecé a preocupar, pues luego mi amigo me vino a hablar. Desesperado y sin aliento Carlitos me dijo que mi mamá y mi hermano habían desaparecido. No lo creía, ¿dónde estarían? No creo que ellos me pudieran abandonar. Mi frágil piel fría se puso; no sabía qué hacer, estaba en apuros.



Carlitos me dijo que con él fuera a buscarlos, sin pensarlo dos veces nos fuimos nadando. Sin darme cuenta, alguien más con nosotros nadaba, era Perla quien nos ayudaba.

¡Y a qué no sabes con lo que nos encontramos! Un montón de peces en redes, sin salida y atrapados. Dije: "¿Qué es esto? ¿Quiénes son los malvados?". Mi amiga me dijo: "¡Se llaman humanos!". La furia y el enojo invadieron mi mente. ¡Ay, si me encontraba con esas especies! Al observar la red vi que mi madre allí estaba y, Airón, mi hermano le acompañaba. Hicimos lo posible por salvarles la vida, pero ya fue muy tarde, la red estaba casi arriba. Me subí con ellos, para una solución encontrar y a todos la vida poderles salvar.

Cuando a la cima llegamos con uno de mis ojos pude observar, los terribles monstruos que nos querían atrapar. Mi respiración se agotaba, no podía nadar, no había agua, no encontraba a mamá. Aquellos compañeros que al lado tenía estaban iguales y algunos ya sin vida. No sé cómo pero al mar logré entrar, creyendo que mi familia allí iba a estar, porque pista ninguna de ellos vi arriba, el problema fue dentro ya no los veía. Quedé solo y en total desesperación, todos los que me acompañaron arriba quedaron, me sentía inútil por no poderlos ayudar, era frustrante, me sentía muy mal. Yo era pequeño y no sabía qué hacer. Ya no tenía a nadie y debía aprender a cómo sobrevivir ante un mundo tan cruel.

¡No! Aún no digas nada, que mi historia aquí no acaba. Quizás no quieras seguir escuchando, pero debo terminar lo que ya he comenzado. Tuve mucho miedo de ir a mi abuela visitar, porque desde aquel accidente temía que volviera a pasar. Transcurrieron los años y aquí me encuentro: adulto, bien solo, recordando viejos tiempos.

La vida en los océanos ya no es la misma, no es tan colorida, la vida no es tan bonita. Poca higiene se puede observar, no por nosotros sino por lo que desechan acá. Gran parte de los arrecifes de coral ya no viven, de hecho se debilitan y mueren ¡esto no es posible! Los peces loro están desapareciendo, no solo nosotros, otros de mis compañeros.

Las tortugas mueren ahogadas por fundas plásticas que desechan; se llevan a mis amigos delfines quienes son infelices el resto de su vida porque los utilizan para ganar dinero, sí... Ellos los humanos. Y lo peor de todo, mi especie se está extinguiendo, nuestros tesoros estamos perdiendo. ¿Es que no saben que con nuestro proceso digestivo las arenas blancas de sus playas nosotros producimos? ¿Qué gracias a que nuestro alimento son las algas, los arrecifes de corales tienen vida larga? ¿Y qué hacen? Nos matan para luego utilizarnos como comercio, y es que todo el mundo por aquí ahora anda con miedo.



No comemos cualquier cosa, porque trampas nos pueden poner, eso le hicieron al vecino bruno del que te conté.

Pero te diré lo que estoy pensando: "¡Qué tal si como amigo me ayudas a que esto no siga pasando!".

¡Sí! Tú eres de los de esa especie, pero sé que eres diferente a ellos. Sé que puedes marcar la diferencia, puedes defender la vida del mar, salvarnos de que todo esto que es nuestro se acabe, porque así como todo tiene un comienzo puede tener un final. Sí... Tú puedes hacer campañas contra la sobrepesca. Tú puedes proponer que no depositen basura en las hermosas playas de tu país. Mis compañeros y yo te lo agradeceríamos de por vida.

Ya he perdido mucho, ¡pero tú! Todavía tienes miles de oportunidades, y como buen amigo que eres, sé que me ayudarás a salir de esta gran pesadilla. Ayúdanos a restaurar los arrecifes de coral, que son tan hermosos, es donde habitamos el 25 % de todas las especies marinas, tales como: mis amigos moluscos, esponjas, estrellas de mar, un montón de peces como yo. Ayuda a mantener mi especie para que podamos tener limpios los arrecifes y seguir produciendo la arena con la que hacías castillos cuando eras pequeño.

A tus amigos que se unan contigo, mientras más mejor. Trabajen en equipo y salven el ecosistema marino. Sé que puedes hacerlo por el bien de esta población. ¡Ayúdanos! Eres nuestra salvación.





Melancolía coralina, a gritos de esperanza

Gabriela Ledesma Lantigua • ILUSTRACIONES: Ivanna Candelier



Melancolía coralina, a gritos de esperanza

Hola, soy Lory, una pez loro graduada de la Universidad de Oceanópolis en limpieza y mantenimiento de ecosistemas acuáticos (sí, como los arrecifes de coral). Últimamente me he preguntado: “¿Dónde estoy? ¿Qué nos pasó? ¿Por qué ya nada es igual?”. Todo porque me he dado cuenta que es muy triste que muchos no vean mi preciosura y la de este ecosistema tan valioso.

Hoy no se sabe adónde iremos a parar. Hoy no somos nada. Todo es gris para mí, todo mi mundo colorido ha desaparecido y solo por la falta de conciencia de los humanos. Ellos, que tienen todo el conocimiento del mundo, nunca se preocupan por hacer el bien antes que el mal. Si todo fuese como empezó... sin nada de contaminación... No sé qué es peor: los humanos arrojando todo tipo de basura que llega a nuestro fondo o las especies invasoras (peces leones, como les dicen) que devoran todo lo que está a su paso.

Me he hecho la misma pregunta miles de veces: “¿Por qué no nos vamos a un lugar sin peligros ni humanos?”, luego me doy cuenta de que los arrecifes de coral y esos seres tan extraños llamados humanos dependen uno del otro. Tomando en cuenta que todo tiene un límite, no se debe abusar pues sería una catástrofe. A veces quisiera que me entendieran para hacerles entrar en razón y que se dieran cuenta del gran error que están cometiendo no solo con mi especie, sino con mis amigos marítimos. Nos hacen daño, están acabando con mi ecosistema y su mundo. Esto es una cadena; si un eslabón se suelta, tarde o temprano todo desaparecerá. Es de urgencia hacer algo correcto lo antes posible. Todos necesitamos que los humanos cambien su forma de actuar y se comprometan a ayudarnos haciendo el esfuerzo necesario, de forma que todos estemos unidos con un pacto de esperanza por estos arrecifes de coral, fuentes de vida acuática tan importantes. Sin nosotros, los peces loro, no habrá más arena blanca que cubra las hermosas playas; sin estas empeorará el funcionamiento y vida de los arrecifes de coral.

Antes éramos cientos de especies, cada una con su propia belleza, formando una gran familia de diversos resplandores y colores hasta que esos seres extraños, que no parecen tener una pizca de sensibilidad hacia mí y mi hogar, comenzaron a exterminarnos. Primero lo hicieron por hambre y, al final, en busca de distracción por el color que los arrecifes brindan. Ahí es cuando sus bolsillos llenos de dinero frustran al corazón.



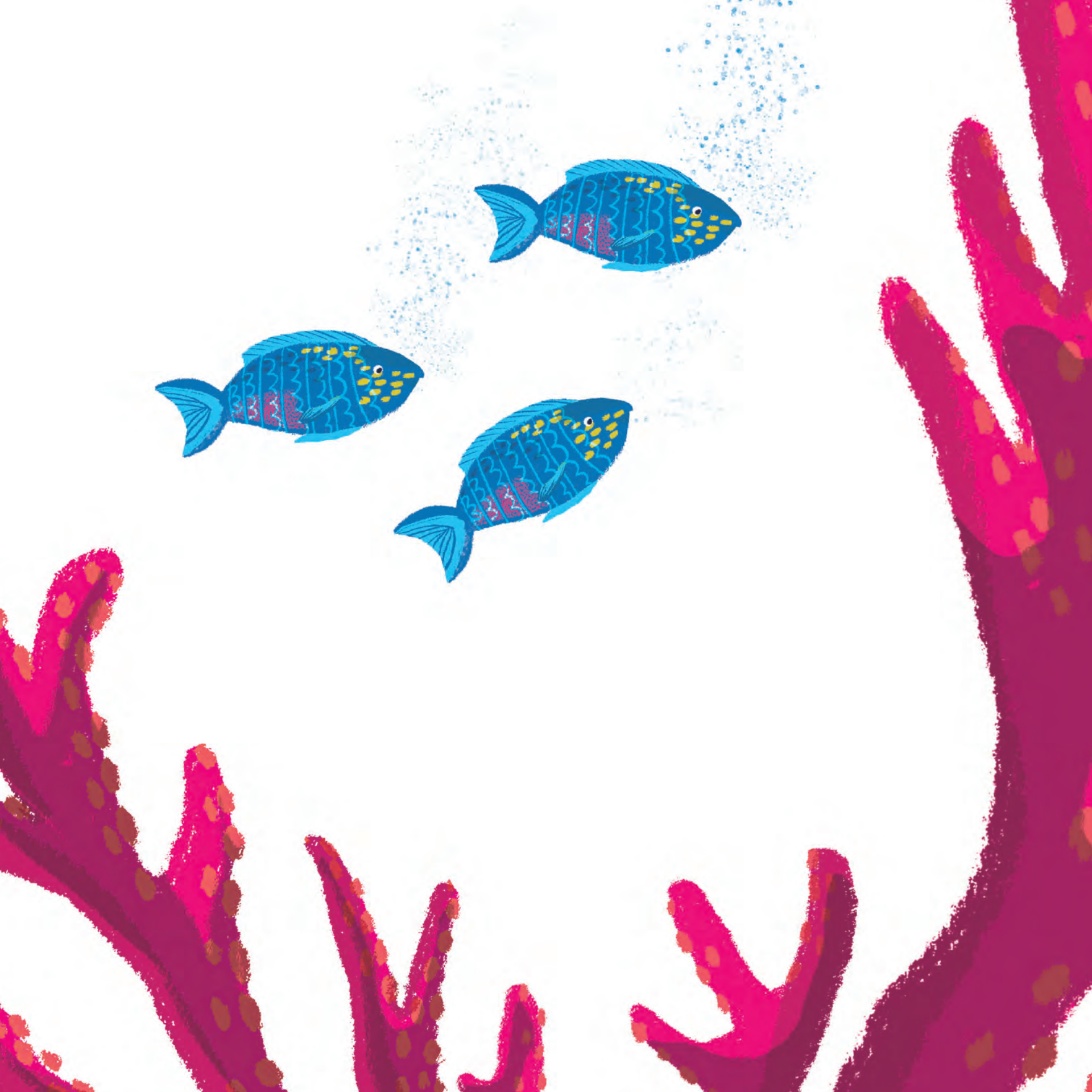


Cada día siento más soledad. Todos los de mi especie, y algunas otras, han estado cayendo en esa red repentina que mata y captura todo, dejándome con el dolor de ese horrible recuerdo; viéndolos a todos irse sin saber qué pasará con ellos, sin saber si algún día volverán. A veces escucho expresiones raras como: "¡Qué exquisitez! ¡Qué sabor! ¡A la plancha sabe mejor!", y pienso en el desastre en que se ha convertido todo... un arrecife sin vida. Cada vez será peor, con el tiempo desapareceremos si no nos cuidan hoy.

A veces quisiera ser humano para saber qué se siente tener el poder de adquirirlo todo, para buscar alternativas sin abusar ni malgastar lo que en verdad importa. Quisiera darles una señal y de esta forma concientizarlos de que no fuimos creados solo como atracción turística o una simple comida. Quisiera que se dieran cuenta de que hay que valorar las pequeñas cosas que la naturaleza les brinda, incluyéndonos a nosotros y los arrecifes de coral.

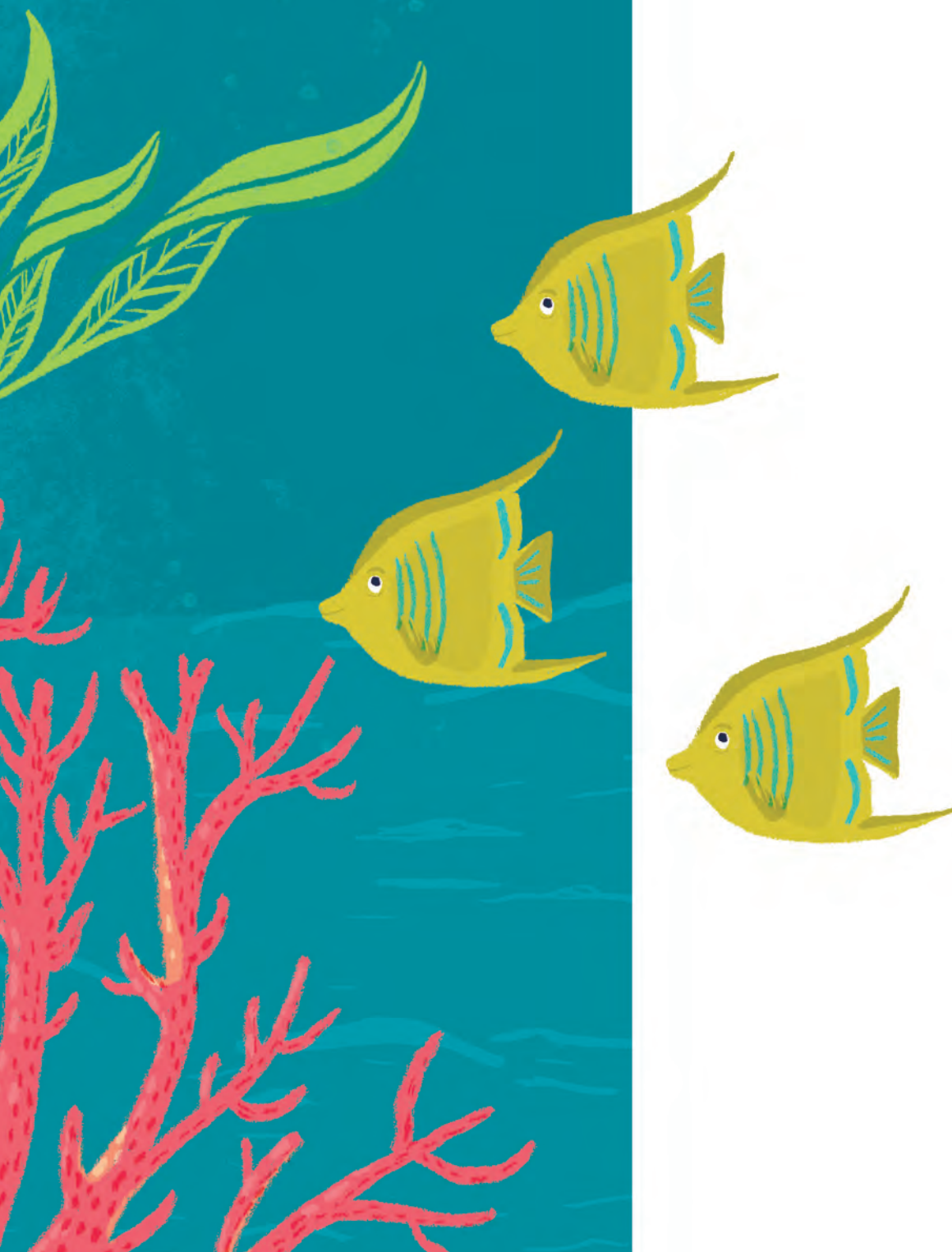
Las aguas ya no son azul cristalino, ahora son oscuras, llenas de algas y contaminación que asfixia a los corales. A su paso ha dañado todo lo que queda de los cinco arrecifes en estado de recuperación, sin saber qué tiempo tardarán en volver a ser la maravilla que mis ojos antes vieron. Solo espero que algún día todo esto cambie y que esta pesadilla al fin acabe, para volver a disfrutar del esplendor y colorido que siempre nos caracterizó a mí, a los peces loro, a y los arrecifes de coral.





letra natural

5^{ta.} Edición Concurso



Fundación Propagas
Av. Jacobo Majluta Km 5 1/2, Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-364-1000, Ext. 2295 ■ Web: www.fundpropagas.com
E-mail: info@fundacionpropagas.do